

te consignados en las historias para poderlos creer y ver que no esponemos nada de imaginario.

Ignorante cual se hallaba de todas las cosas del mundo Angela, al entrar en la sociedad florentina fué naturalmente muy curiosa, y deseó vivamente oír la palabra del célebre dominico, que era objeto de todas las conversaciones de Florencia. Rodolfo amaba demasiado apasionadamente á su muger para negarla esta ligera satisfaccion. Seis meses hacia que se habian casado, y ni la mas leve sombra habia venido á turbar la serenidad de su union. Al contrario, parecia todos los dias aumentarse la fuerza del amor que sentian el uno por el otro, de modo que hubiera sido muy difícil decir cuál de los dos se queria mas. Mas aun, la seguridad de una maternidad próxima acrecentaba el amor de Rodolfo Rinuccini que ponía todo su orgullo en aquella familia naciente.

Condujo, pues, á Angela á la catedral una de esas tardes de cuaresma que el dominico atraía toda Florencia al rededor de su púlpito. La multitud era compacta y ansiosa de recibir la santa palabra. Colocó Rodolfo á su muger cerca de un pilar á la sombra, y él mismo se puso á su lado no queriendo ser reconocido.

Presentóse Gerónimo Savonarola.

Su hermosa cabeza ascética estaba soberbia de melancolía, y la llama de la inspiracion centelleaba en sus ojos.

Cuando se arrodilló para orar antes de tomar la palabra, toda la concurrencia conmovida, se inclinó como él, y se conmovieron todos los corazones. Angela y Rodolfo, naturalezas de artistas, susceptibles de recibir vivamente todas las impresiones exteriores, no fueron los últimos en imitar al sacerdote, y grande fué la sinceridad de sus oraciones.

Los dos suplicaban á Dios por el pequeño ser que Angela llevaba en sus entrañas, y que no debía ver la luz del dia sino dentro de algunos meses.

Preparaba en aquel momento el dominico una de esas grandes manifestaciones con las que se complacia en señalar su poder en Florencia. En su celo religioso comprendía el gobierno de una ciudad como la administracion de un convento, y de buena gana hubiera enclaustrado y regularizado á Florencia toda entera. Lo que perseguía sobre todo eran las bellas artes, que decia nos apegan demasiado á la tierra prestándola mil seducciones, y alejan el espíritu de la eterna contemplacion religiosa.

Va por la primera vez Florencia habia visto un gigantesco *auto de fé*, en el que habian perecido innumerables obras maestras: cuadros, esculturas y libros preciosos habian sido implacablemente entregados á las llamas.

Renovar este gran acto, tal era el pensamiento de Gerónimo Savonarola.

Jamás, tal vez, la palabra del fraile habia sido mas elocuente que esta tarde, en que la muger de Rodolfo Rinuccini la oyó por la primera vez.

Las bienaventuranzas del Paraíso, y las alegrías sin número reservadas á los elegidos del Señor, tal era el asunto escogido por el predicador, y encontró para pintar las felicidades celestiales, palabras que conmovian vivamente los corazones y daban á todos el deseo de ser del pequeño número de los elegidos.

Angela, educada por su madre en los sentimientos de

una sencilla y sincera piedad, se dejó fácilmente ganar por aquella palabra persuasiva, y Savonarola conquistó en ella de repente una nueva partidaria. Quiso volver á la catedral todas las veces que predicaba el dominico, y cuando habló de aquella gran reparacion pública que podia hacer Florencia, la primera de las ciudades cristianas, Angela no titubeó en abrirse por aquel medio el camino del cielo: estuvo pronta á entregar todos los objetos de arte que se hallaban en su casa florentina en la plaza del Palacio Viejo, y en la Villa de las margenes del Arno.

Decir lo que entonces pasó en el alma de Rodolfo Rinuccini seria imposible.

Idolatraba á su muger; empero tambien amaba sus instrumentos de música, y las obras producto de su pincel. Sobre todo, no podia decidirse á dejar perecer por las llamas todas aquellas adorables imágenes de Angela, que habia pintado con tanto amor.

Entonces mediaron desgarradoras escenas, en que Rodolfo dejó penetrar toda la dulzura y la bondad de su carácter.

En vano solicitó que perdonase un encantador retrato que habia concluido la mañana misma del dia de sus bodas, y que debía conservar eternamente el recuerdo de la virginal belleza de la hija de Angelo Salviani: la hoguera lo reclamaba todo: Angela no perdonó nada.

La mañana del dia nefasto, mientras que su muger se disponia á seguir á la piadosa comitiva, Rodolfo se salió de Florencia, fué á ocultar sus lágrimas y su tristeza en las orillas del Arno, y no volvió á entrar en su casa sino á la caída de la tarde. Su imaginacion le mostró las mas grandes desgracias en su próximo porvenir. Jamás las luchas políticas con sus diversas peripecias, habian hecho conocer al jóven una tristeza tal; y este nuevo sentimiento le asustaba, sobre todo al experimentarlo por la primera vez en su taller vacío desde entonces.

Y sin embargo, al volver á su casa de la plaza del Palacio Viejo Rodolfo Rinuccini encontró á su muger buena y afable como un ángel; no tuvo fuerza para quejarse de ella, y poco á poco se disiparon sus fúnebres aprensiones. Angela ademas, fuera del fervor religioso á que se habia enteramente entregado, habia conservado por Rodolfo aquel ardiente amor de los primeros meses de su union. Rodolfo no podia equivocarse, y atribuía con gusto al estado de su muger aquellos violentos deseos que le habian hecho padecer.

Pasó la cuaresma. El púlpito de la catedral se hallaba mudo: Gerónimo de Savonarola habia vuelto á su convento de San Marcos, y de un dia á otro aguardaba Rodolfo verse renacer en un nuevo vástago. En aquellos criticos momentos la viuda de Angelo Salviani habia venido al lado de su hija, de quien no se separaba sino temporalmente, para asistirle: una madre no quiere quedarse atrás para abrazar al primogénito de la hija que ha llevado en sus entrañas.

Habia llegado Angela al último término de su embarazo, y nada durante los nueve meses habia hecho presentir la catástrofe que iba á sumergir en lágrimas y luto á toda una familia acostumbrada á la felicidad.

Acometida de improviso de los primeros dolores de parto, la jóven se halló al cabo de algunas horas en peligro de muerte.

En vano Rodolfo de Rinuccini y la viuda de Angelo Salviani hicieron llamar á los hombres mas eminentes entre los que practicaban entonces en Florencia el arte de la medicina. Pronto perdióse toda esperanza. El niño que Angela dió al mundo murió apenas hubo recibido el agua del bautismo, y los médicos cedieron su lugar á los sacerdotes al lado de la madre.

A la noche siguiente, Rodolfo Rinuccini se hallaba viudo.

Terrible, punzante fué el dolor del joven. No gritó, no vertió esas abundantes lágrimas que consuelan el cuerpo y el alma: tenia su desesperacion algo de enérgico y salvaje: veías que tenia el corazon destrozado sin remedio. En una noche se le hundieron las mejillas y blanquearon sus cabellos: cuando envuelta en su blanco sudario Angela fué depositada en el sepulcro por toda la eternidad, Rodolfo Rinuccini era ya un anciano.

La pobre madre no sobrevivió á su hija sino algunos dias. Abrieron un nuevo hoyo al lado del sepulcro de Angela, y las mismas losas cubrieron en la iglesia de *Santa Croce* las dos mugeres que tan largo tiempo habian vivido únicamente la una para la otra.

Solo Rodolfo, cobró odio á aquella casa florentina de la plaza del Palacio Viejo, que no le presentaba sino tristes recuerdos. Retiróse á la soledad y se encerró en la *Villa* á las orillas del Arno, como en otro tiempo habia resuelto encerrarse en ella Angelo Salviani.

Allí reunió cuanto podia hablarle siempre y sin cesar de Angela: los muebles que habia querido, las alhajas, los instrumentos de trabajo, todo fué cuidadosa y piadosamente conservado: todo fué dejado en el sitio donde lo tenia aquella muerta adorada. Rodolfo quiso vivir cual si su muger estuviese siempre á su lado. Así se formó una existencia extraordinaria, empero para él llena de dulzuras. La sola distraccion que se permitia aquel joven viejo, consistia en restablecer por todas partes en donde se hallaban antes del acto de fervor religioso que los habia arruinado en la hoguera de Savonarola, los retratos de Angela que Rodolfo pintaba de memoria. Hallaba en aquel trabajo del pincel una ocupacion que siempre habia querido, y algunas de las admirables figuras que hizo entonces son todavía el orgullo de célebres galerías. Rodolfo jamás habia sido mas que un artista vulgar; pero bajo el imperio de la idea que le ocupaba sin cesar fué muy pronto uno de los hombres mas eminentes de la pintura italiana. Los criados fieles á la casa le importunaban algunas veces con el anuncio de alguna inesperada visita. Aunque no quisiese ver á nadie, sus antiguos amigos, sus parientes, se hallaban lejos de haberle abandonado, y con frecuencia venian á saber de él á la *Villa Salviani*. Todos recibian la misma acogida: un criado viejo les respondia que la salud de su amo era siempre buena, pero que tenia cada dia mas aficion á la soledad mas absoluta, y que no parecia de ninguna manera decidido á retirar la despedida que habia hecho del mundo rompiendo completamente con él.

Esto era para desesperar á los mas intrépidos, y hacerlos renunciar para siempre á su antiguo amigo. Sin embargo, no sucedió así.

Entre los que habian pasado su juventud con Rodolfo Rinuccini, uno que le habia amado siempre, ó que se habia ocupado sin cesar de él se llamaba Antonio de Médicis, so-

brino del que muy pronto iba á ser papa bajo el nombre de Leon X.

Después de haber hecho durante muchos años la vida agitada de aquellos tiempos de turbaciones y discordias, Antonio se habia sentido de repente movido de una vocacion religiosa irresistible, y habia entrado en un convento donde no habia tardado en hacer su profesion. Rápidos honores le aguardaban en aquella nueva carrera. Pronto se vió prior de su comunidad, una de las mas florecientes de Italia.

Antonio, como todos los Médicis, adoraba las artes; y uno de sus primeros cuidados cuando se vió á la cabeza de un rico convento, fué llamar á los artistas, entregarles las paredes de sus claustros, de su refectorio, de su iglesia, para que las cubriesen de ricas pinturas. De todas partes respondieron con entusiasmo á esta llamada; porque Savonarola no habia sido mas feliz en esta reforma que en todas las que habia emprendido. El padre dominico desapareció en una tormenta trágica; las artes habian vuelto á tomar aquel brillante impulso que iba á traerlas al floreciente del siglo de Leon X.

Los artistas se agolparon al convento de Antonio de Médicis, como sus antepasados en el campo santo de Pisa; y bien pronto los discípulos de los hermanos Memmo y Tadeo Gaddi, de Chirlandajo, de los Orcagna, pusieron piadosas imágenes en todas las paredes.

Cuando se recorre la Italia hoy, á cada paso puede uno detenerse ante pinturas sin número. Casi todas se remontan á aquella época; casi todas han sido ejecutadas para satisfacer los deseos de un hombre tal como Antonio de Médicis.

En medio de todos aquellos trabajos que se ejecutaron con una maravillosa rapidez, Antonio de Médicis se mostraba sin embargo preocupado frecuentemente. Un sitio de honor preciosamente reservado permanecía libre, y cuando le preguntaban al prior con qué motivo, levantaba los ojos al cielo como para pedirle consejo, y no respondia nada.

Es que Antonio estaba dotado de una de esas féas robustas que no desespieran jamás de un proyecto concebido.

El sitio reservado pertenecía á Rodolfo Rinuccini. Allí habia concebido el prior la esperanza de llevar un dia á su amigo á fin de que decorase el convento, al menos de esas obras tanto mas preciosas cuanto que eran mas raras.

Por eso los aldeanos del valle del Arno, encontraban muchas veces á Antonio de Médicis á la puerta de la *Villa Salviani*.

Ninguno era mas asiduo y constante en ir á informarse de Rodolfo: ninguna negativa le desanimaba. Sabia bien que un dia ú otro penetraria hasta al amigo de su juventud, y llegaría á llevárselo consigo.

Y razon tenia de esperarlo el buen prior. La perseverancia recibe siempre su recompensa; es una de las mas bellas virtudes que encierra el claustro.

Un dia Antonio habia, como de costumbre bajado al valle del Arno, y solo se hallaba á algunos pasos de la *Villa Salviani*, cuando vió abrirse la puerta y dar paso á un criado cuyo rostro tenia como un velo de tristeza.

Inmediatamente se apoderó el temor del alma del prior: alguna desgracia sin duda habia ocurrido á su amigo, y no habia nadie á su lado para darle los primeros socorros, los primeros consuelos.

Con el corazón lleno de esta idea dirigióse el fraile derecho al criado y le preguntó:

El presentimiento de la amistad había adivinado una triste realidad.

Abismado en sus pesares, dijo el criado, Rodolfo envejecía apresuradamente: sus cabellos encanecidos de repente al golpe de la primera emoción caían cada día: la demacración del cuerpo era horrible, y Rinuccini no abría jamás la boca, cual si hubiese temido al hablar cometer una profanación: los criados viejos que le servían lloraban a su amo, y les alarmaba hacia mucho tiempo aquel estado; pero en aquella mañana Rodolfo se había mostrado en las galerías exteriores en un estado que no había permitido á él, Peppo, el antiguo amigo de las casas de Rinuccini y Salviani, la menor vacilación. Débil, estenuado, decrepito, Rodolfo se arrastaba por todos los puntos de la villa, como para admirar todavía una vez mas aquella espléndida naturaleza del valle del Arno en medio de la que había conocido y amado á la hija de Angelo Salviani.

De pronto sus criados que jamás le perdían de vista, le habían visto caer en el suelo. Acudieron precipitadamente y lo habían hallado desmayado. Cuando recobró los sentidos, había exigido que lo llevasen cerca de una ventana abierta, desde donde su vista dominaba todo el valle, y había quedado sumergido en una profunda y melancólica meditación.

Todavía se hallaba en ella desde el momento en que el criado había salido para ir á buscar socorro.

—Hijo mío, dijo el monge, que había oído toda aquella relación con un vivísimo interés, la enfermedad que padece tu amo no es una enfermedad vulgar y común, y los médicos del cuerpo nada pueden hacer en su auxilio, porque dimana de otra parte, y no de un padecimiento corporal. Llévame al lado de tu amo; déjame allí algunos instantes solo con él, y bien pronto le haré renacer á la vida y á la esperanza. Nuestra religión nos enseña palabras que son el bálsamo de todos los dolores: ellas solas pueden cicatrizar las llagas del corazón y del alma.

—Quien quiera que vos seáis, respondió Peppo, bendito seáis por lo que acabáis de decir. Dios nos ayudará sin duda, tengamos confianza en él.

Antonio de Médicis tenía una gran persuasión en la palabra; su rostro era austero; empero de una rara benevolencia. El hábito que llevaba, la religión en nombre de la que hablaba, todas estas cosas habían hecho grande impresión sobre Peppo el criado. No vaciló en violar la consigna, y Antonio penetró en la Villa Salviani.

No había todavía dejado la ventana en la que se hallaba meditando Rodolfo Rinuccini. No volvió la cabeza al oír abrir la puerta, ni levantó los ojos sino al ver perfilarse ante él una sombra: era la sombra de Antonio de Médicis.

Con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia adelante, echada atrás la capucha, los ojos medio cubiertos por sus largas pestañas, se había aproximado el fraile sin decir nada á su antiguo amigo.

A su aspecto, el esposo de Angela Salviani se vió acometido de un temblor convulsivo que le privó del uso de la voz. Desde las predicaciones de Gerónimo Savonarola, Rodolfo aborrecía á los frailes, á quienes acusaba interiormente de ser la causa de sus desgracias domésticas. Empero la

reacción sucedió pronto, cuando bajo aquel odiado hábito reconoció al mas antiguo, al mas querido amigo de su juventud, Antonio de Médicis, que no se atrevía á levantar los ojos: lágrimas abundantes humedecieron entonces los ojos de Rinuccini: eran las primeras que vertía desde que una terrible muerte había llevado el luto á su casa.

Antonio dejó correr aquellas preciosas lágrimas, mezclando entre ellas las suyas; y dos manos enérgicamente estrechadas, hablaron mas elocuentemente que hubieran podido hacerlo todas las palabras. El fraile no sabía sino por el criado Peppo lo que pasaba en la Villa Salviani, pero á la vista de su amigo tan profundamente demudado, se había sentido de tal modo conmovido, que desde el momento resolvió arrancarle de la soledad y volverle á la vida. Peppo fué enviado al convento para advertir á los frailes que el prior prolongaría su ausencia durante algunos días y que no tuviesen ningún cuidado. Antonio se instaló al lado de su amigo en la Villa Salviani.

Lo que pasó, lo que entre sí hablaron el prior y Rodolfo durante los ocho días que permanecieron juntos, nadie lo ha sabido nunca. Lo cierto es, que pasados los ocho días, Rodolfo consintió en abandonar la Villa Salviani, y volviendo á subir la corriente del Arno, acompañó al prior á su convento.

Hallábase éste en medio de árboles y flores, y era una de esas encantadoras casas religiosas como se encuentran en todas las partes de la Italia. Todo respiraba allí la tranquilidad, la serenidad, la quietud del corazón y del alma, todo el mundo era allí feliz.

Antonio de Médicis hizo á Rodolfo los honores de su casa como hombre que recuerda todavía bajo el sayal del claustro, el que ha sido un gran señor en el mundo: le hizo pasear por todas partes, y despues, dándole una celdita cerca de la suya propia le dijo que considerase todo el convento como á sus órdenes.

Conocía demasiado el prior á los hombres, y sobre todo á su amigo, para no saber que antes de largo tiempo, para distraerse en medio de los ejercicios religiosos, él le pediría una paleta y pinceles, y pagaría la hospitalidad monacal pintando la pared que le había reservado desde los primeros días.

Así sucedió.

Al ver todas aquellas paredes cubiertas de religiosas pinturas, sintió Rodolfo una hermosa emulación: no aguardó á que se apelase á su talento de pintor: él fué el primero en pedir colores, y como le había recomendado Médicis se apresuraron á satisfacerle.

Uniendo en un solo pensamiento el recuerdo de Angela y una idea religiosa, Rodolfo pintó la Virgen María llevada al cielo por los ángeles.

La Virgen tenía todas las facciones de la esposa que adoraba el artista; pero aquellas facciones suaves y angelicales que habían estasiado al joven cuando la encontró por primera vez en las orillas del Arno. Infatigable en su obra cual si hubiese temido que las fuerzas viniesen á faltarle de pronto, no descansaba Rodolfo: trabajaba todo el día; y muchas veces el prior tenía que templar su ardor. Venía Antonio con frecuencia á visitar á su amigo á su taller: seguía con admiración los progresos de aquella *Asunción virginal*, que prometía ser una obra maestra; y cuando al cabo de algunos meses la concluyó aquel gran pin-

tor, se arrojó en los brazos de su amigo y le estrechó sobre su corazón con toda efusión.

Recibió Rodolfo la espresion de las gracias de Médicis como artista satisfecho de su obra; pero pasado el primer momento no pudo menos de fijar los ojos sobre aquella Angela que jamás había hecho mas hermosa ni mas pura. Sintió entonces en su corazón siempre vivo y destilando sangre, una herida de que no había padecido sino ligeramente durante su trabajo. Conoció que amaba á Angela Salviani mas que nunca, y que le era imposible vivir sin tener sin cesar su viva imágen ante los ojos.

Por la noche en la celdita del prior un hombre se hallaba arrodillado á los pies de Antonio de Médicis: confesaba su vida entera al ministro de Jesucristo.

Era Rodolfo Rinuccini, que queria encontrar asi fuerzas para llevar á cabo el solo grande acto que podia todavia permitirle aceptar la vida y calmar su continua desesperacion.

Quince dias despues el artista tomaba el hábito religioso en el convento de su amigo.

J. M. G

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LAS ESTUFAS Y SUS DIVERSOS DESTINOS.

Las grandes conquistas de los portugueses en las Indias Orientales, y el descubrimiento del Nuevo Mundo, revelaron á los botánicos europeos toda una nueva vegetacion. Aquellas plantas raras y preciosas que les eran enviadas de las regiones tropicales no podian ser cultivadas al aire libre. Tal parece ser el origen de las modernas estufas.

Segun una tradicion, que puede ser muy bien disputada, la primera estufa fué construida en el jardin botánico de la sabia universidad de Pádua. Séase de estó lo que fuere, desde el principio del siglo XVI, se poseia en Bélgica y en Holanda un número considerable de estufas que abrigan las mas hermosas plantas de ambos hemisferios. Estos dos paises no han cesado de ser los que tienen mas numerosas estufas, mas estensas y mejor conservadas. Solo la ciudad de Gante con su jurisdiccion cuenta mas de quinientas, entre las que figuran en primera línea las del establecimiento hortícola de Van-Houtte, cuya escuela de horticultura, mantenida á espensas del gobierno belga, es tan justamente celebrada.

Las estufas bajo el punto de vista práctico se clasifican en cuatro principales divisiones: *naranjerías, estufas frias, estufas templadas y estufas calientes*. Esta última division admite otras cuatro subdivisiones: *estufa caliente seca, estufa caliente húmeda, estufa á forzar y aquarium*.

Las naranjerías han precedido á los demas géneros de estufas.

Mucho tiempo antes de que las estufas propiamente dichas, estuviesen en uso universal, en todos los paises de la Europa central los reyes, los príncipes y las gentes opulentas, buscaban con pasion los naranjos, para cuyo invierno tenian cerca de sus castillos suntuosas construcciones. Uno de los mas hermosos naranjos de Versalles hizo parte en 1527 de la confiscacion de los bienes del condestable de Borbon; y en aquella época figuraba hacia ya mas de un siglo en la naranjería de los mismos duques.

La naranjería cubierta como un edificio destinado á ser habitado, debe tener ventanas únicamente á la parte del Mediodía, y estas ventanas deben ser grandes y estar muy unidas las unas á las otras. Esta construccion admite ademas del naranjo, á toda la familia de las *aurantiáceas*, los *neriums* (adelfas) los granados, los mirtos y un cierto nú-

mero de plantas y de arbustos que sin poseer bastante elasticidad para poder pasar en el clima de Francia y aun en España, al aire libre en el invierno, tienen su periodo de sueño vegetal durante esta mala estacion, y necesitan ser preservados del rigor de las heladas. Hace siempre bastante calor en una naranjería mientras no hiela. El calor en invierno seria tambien dañoso á las plantas y á los arbustos de la naranjería, que le es indispensable á las plantas de estufa templada, ó de estufa caliente: los haria entrar antes de tiempo en vegetacion; provocaria la emision intempestiva de los botones, y comprometeria no solamente la belleza de los vegetales y su florescencia del año siguiente sino tambien su propia existencia.

Pueden citarse como naranjerías modelos, las del jardin botánico de París, y las del palacio de Luxemburgo.

La *estufa fria*, no recibe como la naranjería el calor artificial, sino para alejar el hielo. Es una construccion cuyas paredes no se elevan mas de una vara y media sobre el nivel del suelo. Todo lo que pasa de esta altura es madera, hierro ó cristal. Cuando la estufa fria está pegada á una pared en la esposicion de pleno Mediodía, se la construye con solo una vertiente: en el caso contrario tiene dos vertientes, formando una especie de jaula aislada como cualquiera otra estufa. Se la da tambien frecuentemente la figura abovedada.

La *estufa fria* se diferencia de la naranjería únicamente en un punto: en la naranjería las plantas durante el invierno reciben la luz en una sola direccion por las ventanas de la fachada: en la estufa fria, cuyo techo es de cristales, les viene la luz por todos lados, y resulta que la gasta con igualdad. La construccion de una estufa fria permite al amante de la horticultura cultivar un número considerable de especies y variedades de plantas de ornato, que por falta de luz no podrian invernar en la naranjería. Se comprende por qué en nuestro tiempo las estufas de los naranjos han sido reemplazadas en todas partes por la estufa fria.

Las evidentes ventajas de la estufa fria sobre la estufa de los naranjos han hecho nacer la idea de convertir todo un jardin en estufa fria cubriéndole con un techo de cristal, y cultivando en plena tierra vegetales de adorno de los que les basta, una temperatura poco elevada.

En París, el nuevo cuartel ó barrio levantado en el sitio del antiguo Tivoli, ha hecho desaparecer las muchas estufas de Boursal, opulento y espléndido aficionado que

habia dado el primero al público parisiense la muestra de un jardín cubierto.

La planta de que mas partido se ha sacado, es un humilde musgo del Nuevo Mundo, el licopodio del Brasil, y



Estufa templada en París.

se ha hecho de él el adorno de toda la estufa fría ó jardín cubierto: con el licopodio, fácil de conservar verde y fresco todo el año, se han construido los jarrones y arcos de verde.

La estufa que representa el grabado que damos á nuestros lectores abriga y cubre un bosque donde están las mas hermosas camelias que existen en la horticultura parisien- se. Algunas están dirigidas en espaldera, y cubren una inmensa superficie con sus floridas ramas. Plantados y cultivados por Mr. Fion, estos hermosos árboles han alcan- zado y aun han pasado las dimensiones de los melocoto- neros en espaldera de una altura ordinaria. Los intelligen- tes admiran en otra estufa una espaldera única en París en su género, guarnecida de magníficos naranjos, en la que se pueden coger frutos maduros. Grupos de azaleas, rododen- dros y otros arbustos exóticos, todos en plena tierra guar- necen las demas estufas, donde no es raro encontrar lo mas selecto de las gentes elegantes paseándose.

Nos ha parecido tanto mas interesante reproducir este encantador oasis de flores bajo cristal, cuanto que teniendo que abrir una nueva calle por medio de él, en París, es pro- bable que lo transporten á otro local mas espacioso en donde permanezca espuesta á la vista de los inteligentes toda aquella riqueza vegetal.

La estufa templada puede construirse con una ó dos vertientes en forma abovedada ó cualquiera, segun las cir- cunstancias locales. La temperatura de quince á veinte grados durante el día y de doce á quince grados durante la noche, mantenida en la estufa templada, permite culti- var en ella una porcion muy variada de plantas intertro- picales. Así este género de estufa es el mas generalmente adoptado, ya para el horticultor especulador, ya para el rico aficionado, que tienen un igual interés, el uno en el ejercicio de su industria, el otro en su diversion personal, en reunir la mayor y mas grande variedad posible de plan- tas de adorno sacadas de la flora de los trópicos. Cual- quiera que sea su forma, la estufa templada está siempre precedida de un vestibulo cerrado de cristales sirviendo de antesala, á fin de que nunca se introduzca directamen- te el aire exterior en lo interior de la estufa. Como allí ja- más reina un calor excesivo, se puede habitar y perman-ecer en ella en toda estacion. Pero en invierno, es pre- ciso proveerse de un vestido suplementario, que se deja antes de entrar, que se quita en el vestibulo, y que se pone otra vez al salir.

Dos condiciones esenciales á la salud de las plantas en una estufa templada son la renovacion del aire y el rie- go. A fin de dar á las plantas el aire puro, sin el cual no pueden existir, se ponen tubos de comunicacion con la parte de fuera, de modo que estén en contacto con los tu- bos del calor de la misma estufa. El aire, por frio que esté fuera, no se pone en contacto con las plantas sino despues de haber tomado por su paso á lo largo de los tubos del calor una temperatura igual ó superior á la de la atmósfe- ra de la estufa.

Las plantas que habitan la estufa templada, necesitan ser mas ó menos regadas en toda estacion, porque en la mayor parte de ellas no duerme jamás la vegetacion. El servicio de la estufa templada exige por este motivo el em- pleo de mas agua que la que necesitan las plantas en la es- tufa de los naranjos y de la estufa fria, que se riegan en invierno lo preciso nada mas, para no dejarlas morir de sed. El agua debe necesariamente ser puesta con anticipa- cion al temple de la estufa; para esto un estanque de pie- dra utilizado para el cultivo de algunas lindas plantas

acuáticas de los países cálidos, se halla colocada en lo po- sible en el centro mismo de la estufa templada. Se tiene cuidado de que el agua permanezca allí bastante tiempo antes de ponerla en contacto con las raices de las plantas, para no causarlas un súbito y repentino resfriado que po- dria serlas funesto.

El agua misma, la mas pura, no podria permanecer en el interior de una estufa sin corromperse ó exhalar un olor nauseabundo propio del agua estancada. Esta alteracion del agua bajo la influencia de una temperatura suave, pro- duce millares de animalillos que su escesa pequeña hace invisibles, pero que no por eso dejan de existir en todas las aguas, y que no teniendo sino una vida de muy poca duracion, mueren y se renuevan incesantemente. Algunos peces de colores, viviendo en estos estanques, evitan la corrupcion del agua alimentándose de aquellos animalillos vivos ó muertos, que son, sin necesidad de otra cosa, lo su- ficiente para que ellos puedan subsistir.

Muchas veces se pone en lo interior de esta estufa tem- plada, una ó muchas cepas de parra, que entran en vege- tacion en pleno invierno, dan pámpanos muy tempranos en la primavera, y traen en seguida racimos perfectamen- te maduros muchos meses antes de que las uvas maduren naturalmente al aire libre. La presencia de la parra, colo- cada de distancia en distancia á lo largo de las vidrieras que forman el techo de la estufa templada, no perjudica en nada á la buena vegetacion de las plantas de a'orno, si se tiene cuidado de dejar entre cepa y cepa el suficiente in- tévalo para que las hojas no intercepten demasiado la luz, de que tienen tanta mayor necesidad que del mismo calor casi todas las plantas tropicales.

La estufa templada es hoy dia una cosa indispensable en toda casa de campo de una familia acomodada. Cuando lo permite el terreno, se construye la estufa á continuacion de una de las salas de la casa contiguas al piso bajo. En la época de las reuniones se ponen graderías cargadas de ties- tos y de plantas, que ocupan desde lo alto de la estufa has- ta el suelo, como si fuese un mostrador, y presenta una hermosa vista.

La estufa caliente es de menos uso que las anteriores, y está destinada á cierta familia de plantas de adorno, es- pecialmente á las *cicadeas*, á las *bromeliáceas* y á las *ge- neriáceas*. Muchas veces hace parte de una sola y misma construccion con la estufa templada, un tabique de vidrios ó cristales que separa las dos estufas, en las que se distri- buye el calor arreglándose en diferentes grados, segun las necesidades de los vegetales que allí se cultivan. En la es- tufa caliente, la temperatura debe estar constantemente entre 23 y 30°. Se le llama *estufa caliente seca*, cuando su atmósfera interior no debe estar artificialmente sobrecar- gada de humedad. Las plantas de las familias arriba indi- cadas, como pertenecientes á la estufa caliente, son plan- tas de estufa caliente seca.

La estufa caliente húmeda, cuya construccion y arreglo interior no difiere de los de estufa caliente seca, está prin- cipalmente destinada á las plantas de la familia de las *or- chideas*, de las que las mas hermosas en los géneros de *oncidium*, *dendrobium*, *stanhopæa*, *lælia*, *acinetum*, *epi- dendrum*, *aerides*, *cattleya*, son las que los botánicos lla- man plantas *epiphytas*, es decir, viviendo en el estado salvaje, parásitas sobre la corteza de los árboles grandes

como la escrescencia que nace en algunas de nuestras encinas y manzanos. Las orquídeas epifitas no sacan su alimento del suelo por sus raíces: estas únicamente les sirven para unir las y fijarlas sobre las plantas, en donde se hallan detenidas las simientes; sobre las grietas de la corteza. Para cultivarlas con éxito en la estufa caliente, se necesita sujetarlas con alambre sobre pedazos de madera, en donde no tardan en pegarse por sus raíces rodeadas de musgo. Frecuentes aspersiones de agua colocada con antelación en el estanque de la estufa, á la temperatura señalada, hacen reinar en la estufa una atmósfera muy húmeda y muy caliente, á la vez poco sana para las gentes, pero necesaria para las orquídeas mas extraordinarias, mas hermosas, y al mismo tiempo las mas difíciles de cultivar de todas las plantas de las regiones tropicales.

La estufa para forzar, es una estufa caliente seca, en la que se propone el aficionado obtener por medio del calor artificial frutas y flores, fuera de la época natural de la flor y del fruto al aire libre. Melocotoneros, albaricoqueros, cubren la pared del fondo de la estufa para forzar, construida habitualmente con una sola vertiente. Ciruelos, cerezos enanos cultivados en tiestos, grosellas encarnadas y blancas, algunos sarmientos de viña, y centenares de tiestos con fresas, ocupan la mas grande parte de las gradierías, que tambien reciben lilas de Persia, jacintos, narcisos, y otras plantas vulvosas que se desea hacer florecer antes de tiempo. En los horticultores de profesion, las flores y los frutos no se hallan forzados en la misma estufa: se obtienen estos dos géneros de productos en estufas separadas.

El acuario es una modificacion de la estufa caliente, introducida únicamente hace algunos años en la horticultura europea. Es un estanque cuadrado ó circular, puesto bajo una campana ó techo de cristal, es decir, cubierto de una construccion de vidrios en todas sus faces, y calentada

do á la temperatura de la estufa caliente, á fin de que se puedan cultivar en ellas las plantas acuáticas de las comarcas mas cálidas del globo. Hemos hablado con estension del *aquarium* en nuestro número del mes de enero de este año, y dado una vista del magnífico *aquarium* de París.

Tales son los diversos géneros de estufas y sus principales destinos. En los países del Norte, principalmente en Rusia, se construyen estufas de proporciones colosales; empero el cultivo de las plantas tropicales, y la aplicacion del calor artificial, allí son defectuosos y muy distantes de la perfeccion á que han llegado estas ramas de la industria horticultora en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Holanda, y aun comienza á hacerse ya en España.

Las estufas de dimensiones bastante estensas para poder servir de paseos públicos durante la estacion de invierno, han comenzado á usarse en Inglaterra, y á imitarse en Francia.

La mas estensa y colosal estufa que existe en Europa, es la del duque de Devonshire, en Chastworth, en Inglaterra. Cubre casi un espacio de dos hectáreas, teniendo la forma de un largo cuadrado. Cuando la reina Victoria dispensa al duque de Devonshire el honor de visitar esta estufa, poblada de una magnífica coleccion de vegetales de todos los puntos del globo, la soberana de la Gran Bretaña y de Irlanda, se pasea por las calles de este encantado jardin con toda su comitiva en carruaje descubierto tirado por seis caballos. Se sabe que es Mr. Paxton, jardinero del duque de Devonshire, y arquitecto de la estufa de Chastworth, el que ha dado el plan del famoso y magnífico palacio de cristal de Londres, que ha servido primero para la esposicion de la industria, y despues se ha conservado para encerrar preciosas curiosidades. Este palacio en todo su conjunto, no es mas que la misma estufa ampliificada.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA CIUDAD DE HUY EN BÉLGICA.

Huy, ciudad de la Bélgica en la provincia de Lieja, se halla situada sobre las orillas del pequeño rio Hoyous, que parece haberle dado su nombre, y sobre el Meusa que le separa en dos partes iguales. Es muy pintoresca su posicion en un valle entre dos alturas, cubiertas de vergeles y viñedos.

Las crónicas de la edad media y los autores modernos, que las han copiado, hacen subir el origen de Huy hasta los primeros siglos de la era cristiana; empero sin que nada justifique esta suposicion, es cierto que la existencia de Huy como poblacion ó aldea, (*vicius*) data menos del siglo sétimo. Las monedas de Carlos el Simple, acuñadas *in vico hoyo* en el siglo X, prueban que era ya una de las poblaciones mas importantes del obispado de Lieja.

La ciudad de Huy es muy industriosa; generalmente está bien edificada y cuenta con una poblacion de ocho mil almas. Antes de su reunion con Francia, en 1799, no se citaba ciudad alguna de Bélgica donde proporcionalmente existiesen tantos establecimientos religiosos como

en esta. Contábanse allí hasta catorce parroquias, una colegiata de abadías y diez y siete conventos de frailes y monjas. En la iglesia de los Cruzados se veia el sepulcro de Pedro el Ermitaño, fundador de aquel monasterio; hoy el número de parroquias se ha reducido á cinco. La iglesia de Nuestra Señora, parroquia principal, es un monumento del estilo ojival de la mas grande belleza, al menos interiormente. Fundada en el siglo XI y reconstruida en el XIV, tiene esta iglesia setenta y dos metros de largo, sobre veinte y tres de ancho: dos filas de gruesas columnas cilíndricas, la dividen en tres naves: la nave del centro está adornada de una magnífica ventana de roca. La torre, cuadrada, tiene de alto ciento cuarenta pies y en otro tiempo estaba coronada con una flecha de madera que la daba una elevacion de doscientos veinte y dos pies: se admira en esta iglesia una urna de plata y otros preciosos relicarios muy antiguos.

El hermoso puente de piedra tallada por el que se pasa el Meusa y reúne los dos cuarteles de la ciudad, se compone de siete arcos, tienen cincuenta y ocho metros de largo, sobre veinte de ancho. Fué construido este puente en 1294,

destruido en 1693 por los franceses y reconstruido en 1744.

El castillo, edificado sobre una escarpada roca que domina la ciudad y el Moura, es de origen antiquísimo: pasaba la segunda mitad del siglo XIII por una de las plazas fuertes de primer orden. Destruída en gran parte por Enrique II, rey de Francia, fué reconstruido por un nuevo plan en 1815.

Todavía es muy notable en Huy la casa del ayuntamiento, la fachada del tribunal y la linda fuente de bronce que adorna la gran plaza. Los alrededores de la ciudad son muy agradables, sobre todo las orillas del Hoyous que están guarnecidas sin interrupción de fábricas y otros establecimientos industriales en una longitud de cerca de ocho kilómetros.



La ciudad de Huy.